

REFLEXIONES FRENTE AL INDIVIDUALISMO RELIGIOSO DE NUESTRA SOCIEDAD

*Eduardo Calcín Figueroa**

RESUMEN

La sociedad actual muestra un gran interés en temas relacionados con la religión y sobre todo, con la vivencia religiosa. La búsqueda en el encuentro con lo trascendente lo ha llevado a recorrer caminos diversos, muchas veces distante del camino auténtico que lleva a la verdad. Las religiones tradicionales son comprendidas como un conjunto de principios o preceptos que no alcanzan a vincularlo con la divinidad. Las raíces de esta realidad se remontan varios siglos atrás, que con el avance de los años ha venido a configurar el panorama actual. Frente a ello, proponemos una vía alternativa, que parte de un compromiso del propio creyente identificado con su fe en su propia vida y que se proyecta hacia los demás.

Palabras Clave: *Conciencia religiosa. Religiosidad. Secularismo. Ateísmo. Aggiornamento. Individualismo religioso. Kerigma. Reevangelización.*

ABSTRACT

Present society shows great interest in topics related to religion, and above all to religious life experience. The search in the encounter with what is transcendent has taken man to go through diverse paths many times far away from the true path that takes him/her to the truth. Traditional religions are understood as a group of principles or precepts that do not link him/her with the Divinity. The roots of this reality go back to many centuries ago, which with the coming of the years has shaped the present panorama. With regard to this, we propose an alternative way, that starts with a commitment from the believer himself/herself identified with his/her faith in his/her own life and that is projected to the rest of people.

Key words: *Religious conscience. Religiosity. Secularism. Atheism. Aggiornamento. Religious individualism. Kerygma. Re-evangelization.*

* Licenciado y Magíster en Sagrada Teología por la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima. Egresado de Maestría en Historia de la Filosofía de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Profesor de Filosofía y Teología en la Universidad Femenina del Sagrado Corazón (UNIFÉ), la Universidad Marcelino Champagnat y del Instituto de Teología Pastoral de la Diócesis de Chosica.

Cierto día, caminando por las calles, me detuve frente a una librería a observar los libros que se encontraban en exhibición. Varios de ellos eran obras de un mismo autor: Deepak Chopra, Osho, Paulo Coelho, entre otros. Los temas tratados en sus libros estaban relacionados con la religión y la vida espiritual. El vendedor me dijo que tenían mucha aceptación entre el público lector: Deepak Chopra ha escrito muchos libros como *Conocer a Dios, Cuerpos sin edad, mentes sin tiempo, El libro de los secretos, Un camino hacia la sabiduría*, etc.

Osho -Rajneesh Chandra Mohan Jain (1931-1990), filósofo y místico hindú, si bien no escribió libro alguno, sus obras son transcripciones de audio y video de las charlas que ofreció durante los 35 años que se dirigió al público y sus enseñanzas están centradas en tradiciones hindúes y budistas. Por otro lado, los escritos de Paulo Coelho han ocupado casi siempre los primeros puestos entre los libros más vendidos. Son muy conocidas sus obras: *El peregrino de Compostela, El alquimista, La quinta montaña*, etc. Agradeciendo la gentil atención me retiré con la impresión de que los temas religiosos y de espiritualidad siguen muy presentes entre las personas y su interés sobrepasa nuestra propia capacidad de percepción de la realidad que nos rodea.

Desde esta experiencia se podría afirmar que en estos últimos años se ha ido operando un cambio en la conciencia religiosa de los hombres: el individuo -la persona- está en búsqueda del sentido de su propia existencia. Además, la presencia de diversos grupos religiosos con nombres variopintos: *Peregrinos de Emaús, Cristo vive, Agua viva, Bethel: Casa de Dios y puerta del cielo*, etc., son muestra patente de esa búsqueda de Dios y de vivencia espiritual. Pero a la vez; parece ser que este hombre ya no quiere estar sometido a las normas del grupo; ya no acepta que se le dicten “desde arriba”, por medio de las instituciones, lo que tiene que creer y hacer, sino que se construye su propio mecanismo de sentido y elige libremente adherirse a una determinada religión o grupo religioso, tomando y dejando lo que le conviene. La expresión de Osho - “*Yo no soy un Mesías, no soy un misionero. No estoy aquí para establecer una iglesia o para dar una doctrina al mundo, una nueva religión, no. Mi esfuerzo es totalmente diferente: una nueva conciencia no una nueva religión, una nueva conciencia no una nueva doctrina. ¡Ya basta de doctrinas, ya basta de religiones! El hombre necesita una nueva conciencia.*” - presenta tal vez, de cuerpo entero el sentir silencioso de no pocas personas que no saben cómo expresar lo que sienten. Me refiero a la pérdida de influjo de las instituciones religiosas, la falta de compromiso de sus adeptos y la disminución de los seguidores más comprometidos.

Este estado de cosas no significa en absoluto el fin de las religiones históricas, ni siquiera de las instituciones religiosas, -el anticipo de la muerte de Dios nietzscheano, no deja de ser sino una quimera-, sino el declive de su influencia social y cultural, y sobre todo la pérdida de una centralidad reguladora en el conjunto del cuerpo social. Las religiones ya no imponen una fe y una moral compartidas por el conjunto de la sociedad, sino son los individuos quienes buscan en las religiones lo que necesitan¹. Es

1 En cuanto a los síntomas de la situación de malestar, el análisis social los ofrece con profusión. El más evidente es el retroceso de la religión institucionalizada, manifestada en indicadores como el descenso

una "religión a la carta". Este paso de la religión institucional a la religiosidad del individuo que construye su propio sistema de sentido y creencias, aparece como signo distintivo de las sociedades occidentales modernas.

Hoy los poderes políticos y religiosos están separados de derecho o de hecho dependiendo de los países, y cualquier individuo occidental es libre de adherirse a la religión que elija o de manifestar su ateísmo o su espíritu crítico respecto de su religión familiar. Tradicionalmente, los padres transmitían su fe y las prácticas religiosas a sus hijos, quienes eran iniciados en los ritos sagrados. En la Iglesia católica los niños y jóvenes asistían a sus clases de catequesis o charlas de formación para la recepción de los sacramentos de iniciación cristiana. Hoy la situación ha cambiado, no sólo porque cada vez menos padres son religiosos, sino porque ahora se valora más la elección personal del niño que la propia religión o fe que se profesa. A ello, habría que añadir el escepticismo o crítica a la autoridad clerical, que se ha radicalizado y generalizado.

Este mundo secularizado ya no ofrece como en otros tiempos el sustrato idóneo para formar una comunidad eclesial; este mundo es pluralista en todos sus aspectos: político, filosófico, religioso, cultural, etc. Se piensa que los hombres que la integran dominan ya la totalidad del saber, de la cultura, de los sistemas capaces de construir futuro. A pesar del esfuerzo considerable en crear nuevos métodos educativos, del incremento en el acceso de la información y de la facilidad de contar con múltiples medios de comunicación; la sociedad de hoy es más compleja, más ingobernable y menos unívoca en su evolución.

El hecho al que nos referimos es que la religión sigue estando presente en la sociedad, pero resulta difícil integrarla. Da la impresión de que los sujetos sólo se refieren a aquella como a algo que se echa de menos o se echa de más, es decir, se rechaza como indebido. Algo con lo que sólo cabe relacionarse bajo las formas de la nostalgia o algo que se quisiera mantener como tradición heredada de los padres o como conformación de identidad entre los pueblos.

La lectura clave de interpretación que presentamos se plantea desde dos perspectivas equivalentes en importancia, aunque de enfoques y perspectivas distintos. El primero llamémosle exógenos; así todo tuvo sus inicios en Europa entre los siglos XVI - XVIII donde se inició un cambio filosófico, social, político y económico que iba a revolucionar profundamente el panorama religioso². Los comportamientos y actitudes respecto a

continuo de la práctica religiosa, la erosión de la fe, tanto en sus contenidos como en la firmeza de la adhesión, la desviación incluso teórica en relación con la moral oficialmente predicada por la Iglesia, y la pérdida de credibilidad en diferentes ámbitos de la vida de las instituciones eclesásticas y sus representantes. (Martín, 1993, p. 18).

2 El tema de la autonomía del individuo tiene algunos antecedentes históricos, desde algunos elementos del estoicismo clásico hasta las filosofías del siglo de las luces. Recibió su primera elaboración moderna en la era romántica, en la que está ligado a muchos otros temas que incluían desde la "libertad del artista" hasta el racionalismo. (Luckmann, 1973, p. 122).

la religión de una gran mayoría contemporánea proceden de esos cambios radicales: la emancipación de la razón respecto a la fe y la del individuo respecto a la tradición.

El concepto nuevo de “hombre” surge en el Renacimiento mediante el movimiento filosófico y ético llamado Humanismo, donde se restaura la fe en el hombre porque posee valores importantes que no conviene despreciar. Se ve como legítimo el deseo de fama, gloria, prestigio y poder -*El Príncipe* de Maquiavelo-. La famosa obra del italiano Pico della Mirandola (1463-1494), *De hominis dignitate* (Discurso sobre la dignidad del hombre) es una de las principales contribuciones teóricas a este humanismo. Su tesis sugiere la idea de que el hombre es un ser fundamentalmente indeterminado, no ha sido creado por Dios de forma completa y acabada. En esta indeterminación de la naturaleza humana se basa la libertad. Un hombre es libre cuando se sustrae a las instituciones, a las autoridades o a ciertas restricciones psicológicas que podrían limitar su principio de libertad. Estos poderes pueden ser tanto exteriores, por ejemplo, el magisterio eclesiástico, como interiores, un sentimiento de fatalidad.

El movimiento filosófico iniciado en la Ilustración que enarbola la bandera de la “libertad” respecto de todo lo que significó el lastre del medioevo, no trata tanto de la libertad interior (“espiritual” en el Renacimiento) como de la libertad social y la autonomía del individuo mediante el uso de la razón crítica. Descartes (1596-1650) desempeña un papel crucial en el nuevo panorama, pues identifica al sujeto con la conciencia reflexiva, con el yo pensante -*cogito ergo sum*: pienso, luego existo-, y busca una base racional del conocimiento, un saber universal basado en el modelo del conocimiento matemático. Separa radicalmente el orden de la razón y el orden de la fe, emancipa definitivamente a la filosofía de la teología e instaura el estado epistemológico de la ciencia naciente. Por otro lado, las reformas protestantes ponen en peligro la autoridad de la Iglesia católica cuestionando el monopolio de la lectura e interpretación de la Biblia ejercida por el magisterio.

Con un trasfondo de humanismo, “razón crítica” y “emancipación del individuo” avanzará la historia hacia el siglo de las Luces. Gracias a la razón crítica el individuo, el sujeto, se emancipa, vuelve a apropiarse de lo que había dejado durante mucho tiempo en manos de Dios y de la Iglesia. Para los filósofos de la Ilustración, la razón es verdaderamente el bien común de la humanidad, es universal, se expresa a través del conocimiento científico, postula la igualdad de todos los hombres y exige la democracia; justifica el libre albedrío individual y la autonomía de todo hombre considerado sujeto en el Estado de derecho.

La modernidad se caracteriza pues por la voluntad implacable, militante, generosa y exaltada de crear una ciudad del hombre sólo con la fuerza del hombre. Ya no se quiere depender de un orden exterior, de las leyes divinas o de una tradición no verificada por la razón crítica. El hombre quiere mantenerse de pie por sí solo, sin ninguna otra guía que la luz de la razón.

Para la Ilustración lo que la Iglesia pretende establecer como verdadero o falso pasa por subordinar el conocimiento racional a la Revelación y al Magisterio. El caso Galileo puso para muchos de manifiesto la oposición de la Iglesia católica al avance de la razón para salvaguardar una visión del mundo heredada de la Biblia; sirvió de ejemplo a los pensadores de la Ilustración para justificar la necesidad de separar la razón de la fe, de liberar la filosofía y la ciencia de la teología cristiana. La Iglesia romana, sacudida por las Reformas protestantes, mostraba evidentemente su pretensión de detentar y preservar una verdad de origen divino, que era constantemente criticada. La mayoría de los filósofos de la Ilustración no eran sin embargo ateos: creían en Dios, pero en un Dios lejano, ajeno a los discursos eclesiásticos y a las prácticas católicas.

El auge de la racionalidad provoca un fenómeno social de diferenciación de las instituciones. Cada esfera tiende a la autonomía: el arte, la política, la economía, el derecho, la religión, la ciencia, etc. La religión queda pues relegada cada vez más a la esfera privada de la actividad social; pierde su pretensión de englobar todas las demás esferas de la sociedad. Paralelamente a este proceso de separación de lo religioso y lo político, la vida social está cada vez menos sometida a las reglas religiosas, en la medida en que la religión ya no constituye el vínculo fundamental de aquella. Las formas de vida, aspiraciones y modelos que se nos ofrecen chocan cada vez más con la religión y moral católica. La autonomía del hombre prescinde de la presencia del otro, la dimensión de ser-en-relación está ausente; la frase tan divulgada “los derechos de uno terminan donde empiezan los derechos del otro” destruyen la dimensión comunitaria a la que está llamado todo hombre.

Esta nueva situación se constituye en todo un reto para el cristianismo y sobre todo para la Iglesia Católica. Los esfuerzos emprendidos por las autoridades eclesiásticas por suscitar un *aggiornamento* entre los fieles pasa por serias dificultades. Tal vez, porque no hemos contemplado otro elemento, llamado *endógeno*, que ha contribuido para llegar a este estado de situación: 1) La disociación entre fe y vida y, 2) La mediocridad de los propios católicos quienes están llamados a un mayor compromiso con la fe y con el mundo.

En efecto, el compromiso de fe que se profesa con la vida es fundamental para una transformación no sólo de estructuras, sino del hombre integral. La evangelización de la nueva sociedad que nos ha tocado vivir va mucho más allá de la instauración de una moral que ha sido soslayada por diversas razones, sino de una nueva forma religiosa de vida. La credibilidad y aceptación de lo que se ofrece trasciende los discursos académicos, exige coherencia que no es otra cosa que integrar los principios o preceptos con la vida misma. No se trata de una doctrina que haya que enseñar sino de una vida que hay que vivir y, al vivirla, difundirla. No es posible la evangelización sin una coherencia entre la fe y la vida de quienes lo profesan. No cabe duda que los cristianos, por qué no decir los católicos, tenemos una seria responsabilidad en este proceso de alejamiento e indiferentismo hacia la Iglesia y la religión institucional en general.

Ya en el siglo pasado, J.H. Newman constataba que una simple fe implícita -es decir recibida y tenida más que personalmente asumida y ejercida- conducía a las personas cultas a la indiferencia y a las personas sencillas a la superstición³. En un artículo sobre el mismo tema, K. Rahner afirmaba, en una expresión frecuentemente citada después: “El cristiano del futuro será místico o no será cristiano”. Por místico el P. Rahner entendía un cristiano que realiza personalmente la experiencia de la fe, y desde esa condición existe y avanza en situación de diáspora (Rahner, 1980, p.375).

Esta incoherencia adquiere nuevas formas en el campo de la acción. Así, nuestra responsabilidad sobrepasa el compromiso personal que debe asumir cada uno; comprende también el camino emprendido con miras a la reevangelización o cristianización del mundo. Hemos adulterado el *kerigma* cristiano al convertirlo muchas veces en un conjunto de preceptos morales o un proyecto de transformación social, desligándolo de lo que verdaderamente es, un encuentro personal con Cristo en el seno de una comunidad que es la Iglesia. “No se trata pues de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar para vivir en Él la vida trinitaria y transformar con Él la historia, hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celestial” (Juan Pablo II, 2001, n° 29).

La comunidad eclesial fortalece la fe de los creyentes, es una comunión interior y exterior, la vida de unión con Cristo. Su importancia ha sido también relativizada por el individualismo religioso que presenta la salvación como un hecho personal.

No basta con la fe personal y con el cumplimiento de ciertos preceptos. Si bien lo más profundo de la vida cristiana se manifiesta en la relación con Cristo vivida en la intimidad de la conciencia, es necesaria la participación desde la propia identidad de fe en la vida social y pública, cada uno según su posición y condición que le ha tocado vivir.

La presencia de cada uno de los creyentes en el mundo con un auténtico compromiso personal y eclesial propiciará ese fermento de la masa que la sociedad necesita. No hay institución humana que esté exenta de errores. Sin embargo, pocas instituciones como la Iglesia católica, pueden exponer una trayectoria tan profunda y prolongada al servicio de todos los hombres, sin distinción alguna de bandera, credo o condición.

De esta manera, planteamos el *aggiornamento* personal, y esto significa, en primer lugar, realizar personalmente la experiencia cristiana con su pluralidad de dimensiones que abarcan la totalidad de la persona: razón, sentimiento, decisión, opción libre, relación interpersonal, acción en el mundo. Personalizar la vida cristiana supone haber escuchado la invitación a la fe, haberse enfrentado con la llamada a la conversión, haberse

³ “Una simple fides implícita en las palabras de la ecclesia docens corre el riesgo de acarrear la indiferencia entre las clases cultivadas y, entre los más pobres, la superstición.” (Cfr. Guitton, 1969).

encontrado con la presencia del Señor en la propia vida y haber respondido con voz propia e insustituible de aceptación, de acogida, de conversión, de sumisión, de reconocimiento.

CONCLUSIONES

- El sentimiento religioso está presente entre los hombres aunque éste se vive en la esfera de lo privado, desligado de la institución oficial que le da coherencia y centralidad.
- El traspaso de la religión a la esfera de lo privado tiene sus raíces en los inicios de la modernidad. La emancipación de la razón frente a la fe, significó también el abandono de la Iglesia como referente en orden al conocimiento y todo orden de cosas.
- Un factor que ha contribuido al individualismo religioso es la vida poco edificante que llevan no pocos fieles, mellando de esta manera la imagen de la Iglesia.
- El compromiso que debemos asumir todos debe partir desde una personalización de la vida cristiana y un encuentro de cara al mundo, en orden a su transformación.

REFERENCIAS

- Lenoir, F. (2005) *Las metamorfosis de Dios. La nueva espiritualidad occidental*. Madrid: Alianza Editorial.
- Luckmann, T. (1973) *La religión invisible*. Salamanca: Sígueme.
- Juan Pablo II, (2001) *Carta apostólica. Novo Millennio Ineunte*. Roma.
- Martín Velasco, J. (1993) *El malestar religioso de nuestra cultura*. Madrid: Paulinas.
- Rahner, K. (1980) *Elemente der Spiritualität in Kirche der Zukunft*. Schriften zur Theologie, en *Benziger Verlag 14*, Einsiedeln.
- Rahner, K. y Koning, F. (1969) *Secularización y ateísmo*. Madrid: Paulinas.
- Ratzinger, J. (2002) *Introducción al cristianismo*. Salamanca: Sígueme.
- Schillebeeck, E. (1969) *El mundo y la Iglesia*. Salamanca: Sígueme.
- Siegmund, J. (1962) *La lucha en torno a Dios*. Madrid: Strvdivm.